

Jeremías 38

Sedequías: un rey débil y vacilante

Dayton Keese

En el capítulo 38 se presentan tres personajes clave (Sedequías, Jeremías y Ebed-melec), y la figura central es Sedequías. Este rey mostró debilidad al cambiar de parecer varias veces. Primero, estuvo de acuerdo con las acusaciones *contra* Jeremías (vers.^{os} 1–6). Luego, respondió al ruego de Ebed-melec *en favor* de Jeremías (vers.^{os} 7–13). Después, consultó *con* Jeremías, pero no estuvo dispuesto a hacer caso al consejo del profeta (vers.^{os} 14–23). Por último, Sedequías suplicó *a* Jeremías que callara, por temor de lo que los demás harían si se daban cuenta de que había hablado con el profeta (vers.^{os} 24–28; vea vers.^o 19).

Este rey se hacía títere de todo aquel que asumiera el liderazgo en su presencia. Lamentablemente, tenía prominencia, pero carecía de la valentía necesaria para hacer cumplir su autoridad. Los predicadores, ancianos y líderes que se muestran titubeantes para defender la verdad, deberían prestar mucha atención a las consecuencias que sufrió Jeremías por su debilidad.

SOMETIMIENTO DEL REY A LAS ACUSACIONES CONTRA JEREMÍAS (38.1–6)

Estando en el patio de la cárcel (vea 37.21), Jeremías todavía proclamaba el mensaje de Dios «a todo el pueblo» (vers.^o 1) y todavía anunciaba la opción de pasarse a los babilonios (los caldeos; vers.^o 2; 21.9; 27.6–15), que podía salvarles la vida. El hacer caso omiso de esta opción daría como resultado la muerte a espada, a hambre, a pestilencia o a cautiverio (15.1–3). Jerusalén sería «de cierto [...] entregada [...] en manos del ejército del rey de Babilonia» (vers.^o 3).

Cuatro oficiales respondieron al mensaje de Jeremías con alarma y enojo: Sefatías (no mencionado en ningún otro versículo), Gedalías, Jucal (37.3) y Pasur, el hijo de Malquías (21.1), alegaron que con ese mensaje, Jeremías hacía «desmayar»¹ a los hombres de guerra que quedaban en la ciudad (vers.^o 4). Esta afirmación revela que algunos de los hombres de guerra, o tal vez muchos, ya habían sido muertos o habían desertado. Supuestamente el mensaje de Jeremías hacía «desmayar» a los demás.

Puede que el mensaje del profeta haya parecido traicionero, pero el hecho era que Dios estaba entregando la ciudad en mano de los caldeos. El rendirse ponía fin al derramamiento de sangre. En verdad, Jeremías estaba presentando el único mensaje de esperanza, pero estos oficiales lo tildaron de «dañino»² (vers.^o 4; vea 24.9; 25.7). Querían que el pueblo se llenara de valor, cuando la verdadera necesidad consistía en rendirse y en enmendar sus caminos. El mensaje de Dios no era para *ruina* de ellos (ya la idolatría se había encargado de producirles esta), sino para su *arrepentimiento*. Jeremías dijo la verdad y fue

¹ Del hebreo *raphah* —«... desanimar, dejar caer, especialmente la mano [...] hundir [...] se atribuye a menudo a los que han perdido el ánimo [...] ser flojo, descuidado, ocioso [...] desertar, desamparar a alguien» (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldee Lexicon [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius]* [Plymouth: S. e., 1857; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 776–77).

² Del hebreo *ra'a'* —«... malo, malvado [...] inicuo [...] dícese de la manera de pensar y de actuar [...] infeliz [...] desafortunado [...] malicia» (Ibíd., 772).

ASUNTOS RELEVANTES. Tema: La última oportunidad de Sedequías. **Ambiente:** Poco antes de la caída de Jerusalén. **Gema de verdad:** 38.23: El mensaje era claro, pero el rey no estaba escuchando.

llamado traidor.

El vacilante rey se sometió a la maldad de estos príncipes, y el profeta de Dios fue encarcelado nuevamente —esta vez en una cisterna llena de cieno (vers.^o 6). No tuvieron ninguna delicadeza para bajarlo con sogas hasta el fondo lodoso de la profunda cisterna.³

La fuente de la fortaleza de Jeremías, y la respuesta de Dios a este cruel comportamiento, pueden observarse en Lamentaciones 3.53–66. Como los siguientes versículos revelan, Dios no había olvidado a Su profeta.

RESPUESTA DEL REY A LA APELACIÓN DE UN ESCLAVO (38.7–13)

Esta porción presenta un contraste entre la *valentía* y la *cobardía*. El rey, quien era demasiado débil para hacer algo por Jeremías, se encontró con un *esclavo* de Etiopía, quien *sí* haría algo. Sedequías estaba «sentado⁴ a la puerta de Benjamín», cuando Ebed-melec se le acercó. ¡Si la silla que estaba ocupando el rey en ese momento era la de un tribunal de juicio, cuán hipócrita fue el haberse negado a proteger a un inocente profeta! El único paso que acercaba a la justicia fue dado por un esclavo que se atrevió a acercarse al rey para hablarle acerca de cruel trato que estaba sufriendo Jeremías.

Ebed-melec lanzó acusaciones contra los oficiales en el versículo 9. Dijo: «Mi señor el rey, mal⁵ hicieron estos varones en todo lo que han hecho con el profeta Jeremías, al cual hicieron echar en la cisterna; porque allí morirá de hambre, pues no hay más pan en la ciudad». El despiadado propósito de ellos violentaba abiertamente las decisiones que el rey había tomado en favor de Jeremías en 37.21.

Sorprendentemente, el rey *mandó* a Ebed-melec

³ «La cisterna había sido secada parcialmente [...] pero en el fondo quedaba un espeso depósito de un metro a un metro y medio, de negro [...] lodo, y es obvio que en ese lugar, según se desprende del versículo 9 de este capítulo, sus enemigos pensaban dejarlo morir de hambre. Es probable que hicieran esto porque no se atrevían a suscitar el odio de una ejecución en público, o porque pensaban, con la extraña superstición de la mentalidad oriental, que de este modo se podían librar de la culpa de derramar la sangre del profeta. El morir de hambre podía representarse fácilmente, aun para sí mismos, como una muerte por enfermedad» (Charles J. Ellicott, *Ellicott's Commentary on the Whole Bible* [Comentario Ellicott de toda la Biblia], vol. 5 [Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1957], 130).

⁴ Del hebreo *yashab* —«... sentarse en el sentido que se usa de [...] jueces, donde se sientan para hacer juicio, Sal. 9.5; reyes que se sientan sobre sus tronos, Sal. 9.8; 55.20 [...] sentarse con alguien [...] quedar, permanecer» (Tregelles, 371–72).

⁵ Vea la definición de *ra'a'* en el pie de página 2 de la página 1.

tomar treinta hombres y rescatar a Jeremías (vers.^o 10). Con este mandamiento, el rey trasladó la responsabilidad a otros pues, lo que hacía, no tenía la valentía de hacerlo él mismo. En cuestiones de justicia, ¿está usted más inclinado por sentarse como el rey se sentó, o a emprender acción como el esclavo la emprendió?

El mandamiento del rey merece especial atención: «Haz sacar al profeta Jeremías de la cisterna, antes que muera» (vers.^o 10). Es una valiosa aplicación la que se observa aquí. Necesitamos hombres que «hagan sacar» (Romanos 14.19; 1^{era} Tesalonicenses 5.11). Muchas personas están deprimidas y pesimistas, en toda clase de calabozos. ¡Cuán preciosos son los que llenos de cuidado levantan hermanos que llevan pesadas cargas, restaurando la esperanza y el propósito a sus vidas! (Vea Gálatas 6.2; Hebreos 12.12–13.) Necesitamos sacar a las personas de sus prisiones (Judas 20–23; Gálatas 5.1). ¡Esta labor tan importante debe hacerse antes que esas almas mueran! (Vea Juan 9.4; Hebreos 9.27.)

Al hacer notar el procedimiento seguido por Ebed-melec, debemos recordar la delicadeza que usó este en el rescate, cuando nosotros mismos procuremos sacar a otros de la prisión en que están atrapados.

Cuando iba camino al patio de la cárcel se detuvo en la casa real (no necesariamente la residencia del rey) que estaba debajo de la tesorería nacional. Allí tomó trapos viejos y luego se apresuró a la cisterna donde estaba encarcelado Jeremías. Desde el boquete de la cisterna echó a Jeremías estos trapos con sogas diciéndole al profeta que los usara a modo de relleno bajo los sobacos antes de sujetarse las sogas alrededor del pecho. ¡Cuán considerado y delicado fue este libertador! La succión del lodo y el peso del cuerpo de Jeremías habrían contribuido a que se generara una gran tensión debajo de los brazos. Las ásperas sogas habrían causado profundos cortes en [su] carne [...] Lentamente, y siempre con delicadeza, Ebed-melec y sus hombres levantaron al indefenso profeta hacia la luz, el aire fresco, el suelo firme y cierta medida de libertad (38.13). Jeremías siguió siendo prisionero en el patio de la cárcel hasta que Jerusalén cayó bajo los caldeos (38.28).⁶

EL REY PIDE CONSEJO A JEREMÍAS (38.14–23)

A medida que se agravaba diariamente el sitio impuesto a Jerusalén, el débil rey anhelaba un aliento o ayuda providencial. Al procurar nuevamente consejo de Jeremías, instó al profeta

⁶ James E. Smith, *Jeremiah and Lamentations* (Jeremías y Lamentaciones), Bible Study Textbook Series (Joplin, Mo.: College Press, 1972), 629.

diciendo: «no me encubras ninguna cosa» (vers.º 14). Al igual que muchos líderes débiles, estaba desesperado pero a la vez lleno de dudas. Puede que Sedequías diera las órdenes, pero el profeta tenía un mejor entendimiento de la situación.

Después de liberar a Jeremías de la cisterna, no hay duda de que el rey esperaba mejores noticias. Jeremías hizo dos candidas observaciones (vers.º 15). En vista de que su mensaje no había cambiado, le preguntó a Sedequías: «Si te lo declarare, ¿no es verdad que me matarás?». Después, basando sus ideas en la experiencia del pasado, añadió: «y si te diere consejo, no me escucharás».

El rey le aseguró a Jeremías que no lo ejecutaría, ni lo entregaría a otros que buscaban su vida (vers.º 16), sin embargo, la segunda inquietud de Jeremías demostró ser válida. Sedequías desechó una vez más el consejo del profeta. Jeremías declaró la solución de Dios, diciéndole a Sedequías que el rendirse a Babilonia garantizaría tres beneficios: «tu alma vivirá», «esta ciudad no será puesta a fuego» y «vivirás tú y tu casa» (vers.º 17). Si bien estos eran beneficios prometedores, el obstinarse en desechar el consejo daría como resultado el sufrimiento para todos (vers.º 18).

Los siguientes eventos proporcionan un dramático ejemplo de cómo la fe débil, los oídos sordos y la miopía llevan al desastre. Observe y contraste la diferencia entre los *temores* de Sedequías, que le impedían obedecer al Señor, y la *fidelidad* de Jeremías a la palabra del Señor:

La debilidad y miseria de Sedequías (vers.º 19) —
«Tengo temor de los judíos» «no sea [...] que me escarnezcan».

Advertencias y promesas de Jeremías (vers.º 20) —
«Oye ahora la voz de Jehová [...] y te irá bien y vivirás».

Dios podía corregir lo que fuera que preocupara al rey. De hecho, no hay quien pueda llenar necesidades humanas mejor que Dios (vea Santiago 1.17; Mateo 19.26), sin embargo las masas no lo respetaron (vea el capítulo 35). La respuesta de Sedequías no estaba aislada; representaba el rumbo común que muchos habían elegido seguir. ¿Tiene usted la tendencia a someterse a las circunstancias temporales, antes que a la seguridad eterna de su Creador? ¿Crea usted temores donde debería haber fe celestial? (Vea 1^{era} Juan 5.4.)

El versículo 21 presenta el precio que se paga por la indecisión (el posponer cierta responsabilidad por todo el tiempo que sea posible). El titubeo lleva a la indecisión, y la indecisión lleva al castigo. Jeremías fue concreto. Mencionó la fuente de escarnio que se

impondría. Sedequías sería avergonzado por las mujeres que quedaran en el palacio (vers.º 22a). Jeremías citó incluso el cántico de burla que ellas cantarían: «Te han engañado, y han prevalecido contra ti tus amigos; hundieron en el cieno tus pies, se volvieron atrás» (vers.º 22b). James Smith dijo:

Este cántico de burla presenta el cuadro de alguien que está siendo llevado ingenuamente por aquellos en quienes confiaba, a una ciénaga pantanosa, y que cuando queda atascado en el lodo, le abandonan en lugar de ayudarlo. Los «amigos» son por supuesto los príncipes y

Un modelo para la obra personal (38.20)

Las palabras de Jeremías en 38.20 proporcionan un gran modelo para la obra personal. El que enseña puede hacer lo siguiente:

1. *Ayude a calmar los temores del estudiante* —«No te entregarán». La eliminación del temor prepara un terreno fértil donde puede crecer la fe.
2. *Demuestre interés* —«Por favor»¹ (NASB). Esta expresión denota un sincero interés o un ruego apremiante.
3. *Enseñe mandamientos* —«Oye² ahora». Esta expresión (del hebreo *shame'a*) insta a escuchar y hacer caso, a atender y entender el mensaje de Dios. Tiene como propósito estimular al interés y a la acción.
4. *Entienda la Fuente* —«la voz de Jehová». No se trata de una cuestión de preferencia personal, sino de mandamientos divinos. Dios ha hablado, y los hombres deben oír (vea Hebreos 2.1–3; 12.25; 1^{era} Pedro 4.11).
5. *Comuníquese con claridad* —«yo te hablo». Conozca al estudiante y comuníquese tomando en cuenta su situación mental, moral, emocional y espiritual. Este paso no incluye el decir lo que agrada a sus oídos, ni el apaciguar sus debilidades, pero sí incluye que al declarar la Palabra de Dios con los demás, uno no tiene que preocuparse de cómo las personas oirán y evaluarán la verdad presentada (1^{era} Corintios 3.2–3; Hebreos 5.11–14).
6. *Considere la causa para estos comentarios*: «y te irá bien» (se enriquecerá su vida) «y vivirás» (se prolongará su vida; Mateo 4.4; Juan 10.10).

¹ Del hebreo *na'* —«... súplica [...] recomendación [...] se usa para la expresión de un deseo, Job 32.21 [...] instar, Jer.5.24 [...] petición, Sal. 124 [...] Los que hablan con cautela [...] o que piden con sumisión (Samuel Prideaux Tregelles, *Gesenius' Hebrew and Chaldean Lexicon* [Léxico hebreo y caldeo de Gesenius] [Plymouth: S. e., 1857; reimpresión, Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1967], 523).

² Vea la definición de *shame'a* en el pie de página 4 de la lección «Calendario de una tragedia» de la edición «Jeremías, núm. 4» de *La Verdad para Hoy*.

consejeros de Sedequías que lo presionaron para que mantuviera la inútil resistencia, y después no pueden proponer curso de acción alguno que sacaría al rey de sus dificultades.⁷

¿De quién se iba a acordar el rey Sedequías cuando estas mujeres le avergonzaran con la idea de estar atascado en el lodo? De Jeremías, por supuesto.

El fracaso del rey era cuádruple (vers.^o 23):

1. Fracaso como *esposo* —Sus mujeres fueron llevadas cautivas a Babilonia. (Vea comentarios acerca de Cristo en Efesios 4.8; 5.25–27.)
2. Fracaso como *padre* —Sus hijos llegaron a ser cautivos. Sus hijos varones fueron muertos (39.6; 2^o Reyes 25.7), y sus hijas fueron esclavizadas, al ser llevadas a Egipto (43.6–7; note Proverbios 4.1–4).
3. Fracaso como *hombre* —Fue apresado por mano del rey de Babilonia (39.4–5).
4. Fracaso como *rey* —Jeremías le dijo: «esta ciudad [será quemada] a fuego» (vers.^o 23; vea vers.^{os} 17–18).

¡No hubo campo de influencia en el que este rey triunfara! Su vida era un manojo de temores que no debía tener. Temía a los judíos y a los caldeos más que a Dios. Temía que los judíos lo escarnecieran y lo maltrataran (vers.^o 19); sin embargo, ¡fue de sus mujeres que provino el escarnio! ¡Quiso oírlo *todo* (vers.^o 14), pero no hizo caso de *nada*!

EL REY RUEGA A JEREMÍAS QUE GUARDE SILENCIO (38.24–28)

El rey temía lo que los oficiales pudieran hacer. Su mente estaba tan ocupada pensando en lo que otros podrían hacer o decir, que sus oídos parecían sordos a las verdades y promesas que le declaró el profeta. Le preocupaba en gran manera lo que Jeremías pudiera decirles a los oficiales cuando los viera (vea vers.^{os} 25–27). Sedequías instó al profeta a mentir acerca de lo que habían estado hablando (en los versículos 14 al 23). Recordando la anterior petición de Jeremías (37.20), que se mencionó brevemente en esta conversación (vers.^{os} 15–16), el rey le ordenó decirles: «Supliqué al rey que no me hiciese volver a casa de Jonatán para que no muriese allí» (vers.^o 26).

Así, Jeremías no puso en peligro su propia seguridad revelando a los judíos los juicios de Dios contra Judá o el rey, o cumpliendo los temores del rey. Como Adam Clarke escribió: «Este fue un ejemplo de cómo se dice la *verdad*, y *nada* más que la verdad, pero no *toda* la verdad».⁸ Hay momentos

en los cuales la sabiduría dicta que no es necesario que se diga todo (vea Marcos 14.57–61; Juan 19.8–9). La respuesta de Jeremías satisfizo a los oficiales y le garantizó su seguridad en el patio de la cárcel hasta que Jerusalén se rindió a Babilonia.

En este capítulo, un capítulo que se centra en repetidas demostraciones de la debilidad del rey, no concluyamos que la conducta de Jeremías representó una debilidad parecida. Su sabiduría, no su debilidad, se describe en las siguientes palabras:

... Hay principios sagrados sobre los cuales se justifica tal supresión de la verdad como la que hizo Jeremías [...] El derecho a la verdad puede perderse, así como el derecho a la libertad y a la vida también puede perderse, por el mal proceder. En la inmensa mayoría de los casos, los hombres tienen derecho a la verdad, pero en ninguno de los casos citados arriba, tuvieron tal derecho [...] ¿Quiénes somos nosotros para dictar sentencia sobre esto? Pero, por otro lado, que ninguno distorsione los anteriores razonamientos, como los jesuitas hicieron, y muchos todavía hacen, convirtiéndolos en justificaciones para mentir y alejarse de la verdad cada vez que parezca conveniente.⁹

Las anteriores palabras constituyen un buen consejo en el delicado campo de decir la verdad acerca de una situación sin revelar todo lo que uno pueda saber (debido a las circunstancias). Ha habido hombres que prefirieron dar su vida guardando silencio, antes que declarar cierta verdad que conocían (tal como personal militar que rehusó poner en peligro las vidas de sus compañeros soldados, lo cual habría sucedido si revelaban al enemigo la posición de ellos). Tal manera de proceder no solo es sabia, sino también heroica. Jesús guardó silencio, y prefirió no hablar, durante el juicio que le hicieron. De nada habría servido declararle más verdades al enemigo, de modo que guardó silencio, cumpliendo así el plan profético de Dios para Su muerte por crucifixión (Isaías 53).

Al dar a conocer la verdad que sabemos, necesitamos orar, como Pablo oró, para que se nos abra puerta. También debemos orar para que la gracia de Dios nos ayude siempre a hablar palabra sazónada con sal, para que sepamos cómo debemos responder a cada uno (vea Colosenses 4.2–6).

⁷ Ibíd., 633.

⁸ Adam Clarke, *The Holy Bible With a Commentary and Critical Notes* (La Santa Biblia con comentario y notas críticas), vol. 4, *Isaiah to Malachi* (Isaías a Malaquías) (New York: Abingdon-Cokesbury Press, s. f.), 356.

⁹ S. Conway en T. K. Cheyne and W. F. Adeney, *The Pulpit Commentary* (Comentario del púlpito), vol. 11, *Jeremiah, Lamentations* (Jeremías, Lamentaciones), ed. H. D. M. Spence y Joseph S. Exell (Grand Rapids, Mich.: Wm. B. Eerdmans Publishing Co., 1950), 2:142.